

Dos notas sobre Lope de Vega: sus elogios a escritoras frente al silencio de Cervantes, analizados a través de Séneca, y reflexiones sobre posibles manuscritos perdidos

RESUMEN

El presente artículo recoge dos notas sobre Lope de Vega; la primera estudia sus elogios a escritoras frente al silencio de Cervantes, analizándose el tema en paralelismo con el caso de Séneca, y la segunda analiza la posibilidad de la existencia de manuscritos, hoy perdidos, con apuntes del *Fénix de los ingenios*.

PALABRAS CLAVE: Siglo de Oro, escritoras, Lope de Vega, Cervantes, Séneca, manuscritos, apuntes culturales.

ABSTRACT

This article collects two notes about Lope de Vega: the first one studies his praises to authoresses in front of the silence of Cervantes, analyzing the subject in parallel with Seneca's case, and the second one analyzes the possibility of existence of manuscripts, lost today, with notes of *The Phoenix of Wits*.

KEY WORDS: Golden Ages, authoresses, Lope de Vega, Cervantes, Seneca, manuscripts, cultural notes.

Mentalidades del Siglo de Oro: falta de referencias a escritoras en el *Canto de Calíope* y el *Viaje al Parnaso* de Cervantes, presencia de las mismas en el *Laurel de Apolo* de Lope de Vega y un paralelismo con Séneca como hipótesis explicativa

Resulta difícil, en verdad, dar respuesta a ciertas preguntas. Lope de Vega, en *La Circe*, recordaba unas palabras de Platón

al respecto de que es más fácil preguntar que responder¹, algo de directa aplicación en el presente ensayo.

La razón de ser de estas páginas es reflexionar sobre la causa por la cual Miguel de Cervantes no mencionó ni en el *Canto de Caliope* de *La Galatea*² ni en el *Viaje del Parnaso*³ a escritoras⁴, en contraposición a Lope de Vega, que sí lo hizo en su *Laurel de Apolo*⁵.

Intentaremos buscar las posibles respuestas al interrogante planteado, aunque aceptando desde el principio que, en acertadas palabras de Esther Lázaro, «por bien documentada que esté la vida de un personaje, siempre quedarán espacios en los que el historiador no puede entrar.»⁶ Y, en último extremo, como bien indicaba el Concilio de Trento, *De internis neque Ecclesia iudicat*, porque será este un estudio en el que algo tan propio al interior del pensamiento como las mentalidades, ese campo de investigación histórico magníficamente trabajado en nuestro país por autores como, por ejemplo, D. Julio Caro Baroja⁷ (quien, por cierto, destacó lo bien que reflejaron tanto Cervantes como Lope de Vega ciertos aspectos de la mentalidad popular del Siglo de Oro⁸), jugarán un papel clave.

1 Vega, L. de, *Obras poéticas. Rimas – Rimas sacras – La Filomena – La Circe – Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*. Edición, introducción y notas de José Manuel Blecua, Barcelona 1989. *La Circe*, p. 1169: «Un señor destos reinos / Epístola Séptima

Dijo Platón, en el primero Diálogo de su República que *facilius est interrogare, quam respondere, ...*»

2 Cervantes, M. de, *La Galatea*. Edición de Francisco Estrada y M^a. Teresa López García-Berdoy, Madrid 1995, p. 631-645.

3 Cervantes, M. de, *Viaje del Parnaso y otras poestas*. Edición de Laura Fernández García, Barcelona 2015.

Respecto a la bibliografía y diversas interpretaciones sobre esta obra *vid.* Rivers, E. L., «¿Cómo leer el *Viaje del Parnaso*?», en *Actas Cervantistas*, III (1990) p. 105-116.

4 Que escribiese el poema «A los éxtasis de nuestra beata madre Teresa de Jesús» no varía la esencia de la cuestión.

5 Vega, L. de, *Laurel de Apolo*. Edición de Antonio Carreño, Madrid 2007.

6 Lázaro, E., «Más auténtico que el Dante real»: *Babelia* (17-09-2016), p. 7.

7 Cabe recordar, por ejemplo, unas atinadas palabras sobre esta cuestión, publicadas en Caro Baroja, J., *Reflexiones nuevas sobre viejos temas*, Madrid 1990, con el título «Sobre el estudio histórico de las llamadas mentalidades» (p. 55-76).

8 Caro Baroja, J., *Lo que sabemos del folklore*, Madrid 1967, p. 11: «Qué folklorista profesional puede presumir de haber interpretado la vida del pueblo mejor que un pintor como Bruegel el viejo? ¿Qué investigador moderno puede competir con Lope de Vega en su amor y comprensión por

Quien esto escribe comenzó percibiendo algún contraste. En cuanto a Cervantes, no alabó ni mencionó a escritoras en las obras anteriormente mencionadas, si bien L. Falcó ha expuesto cómo no criticó a las mujeres cultivadas, a diferencia de autores de aquella época, como Quevedo o Molière⁹ (y podríamos añadir más autores en esa línea, aunque solo mencionaremos uno en nota a pie de página, a modo de muestra¹⁰). Ángeles Caso ha explicado la causa de tales críticas, añadiendo, de paso, un ejemplo de Lope de Vega de crítica contra la mujer instruida:

«El deseo de mantener al sexo femenino en la ignorancia se convierte en un total desprecio hacia las mujeres cultas, expresado una y otra vez a lo largo del siglo por los escritores en sus versos y comedias, donde las “bachilleras” y las “pedantes” son constantemente ridiculizadas. Uno de los personajes de *La mayor victoria*, de Lope de Vega, describe a la perfección que la mujer instruida no es mujer: “Siempre fui de parecer / que naturaleza agracia / a la mujer que hace sabia, / pues deja de ser mujer”.»¹¹

las costumbres populares y su vigor al descubrir los conflictos promovidos dentro de sociedades rurales? ¿Quién habrá dado una descripción más integrada y llena de observaciones agudas que las que dio Cervantes, acerca de creencias supersticiosas y brujerías en *El coloquio de los perros*? Todo ello sin afectaciones, sublimado por el poder artístico de aquellos genios.»

9 Vázquez Marín, J., «Las mujeres ilustradas», en *El Quijote en clave de mujeres*, ed. F. Rubio, Madrid 2005, p. 481-518, concretamente p. 483: «L. Falcó habla de la formación de la mujer en relación con la mentalidad progresista de Cervantes: Cuando a partir del Renacimiento, comienza a introducirse en los círculos selectos de la nobleza, aún de algunas familias de la incipiente burguesía, la posibilidad de que las hijas de familia sean instruidas, se produce una reacción machista contra las llamadas bachilleras [...]. Las sátiras de Quevedo, las terribles y conocidas obras de Molière ridiculizan constantemente a las mujeres llamándolas “latiniparlas” y “preciosas ridículas”. No es el caso de Cervantes, quien nunca critica la cultura en la mujer y que no participó en la polémica suscitada contra Vives por Juan de la Cerda, que se oponía a que todas las mujeres supieran leer y escribir [...]»

10 Calderón de la Barca, P., *El gran teatro del mundo*. Edición, introducción y notas de Antonio Rey Hazas y Florencio Sevilla Arroyo, Barcelona 1991, p. 92:

«LABRADOR. Ésta es la herencia de Adán.
Señor Adán, bien pudiera,
pues tanto llegó a saber,
conocer que su mujer
pecaba de bachillera;
dejárala que comiera
y no la ayudara él; [...]»

11 Caso, A., *Las olvidadas. Una historia de mujeres creadoras*, Barcelona 2006, p. 210.

Por lo que respecta al citado Lope de Vega, frente a las alabanzas a escritoras en su *Laurel de Apolo* (en contraste con el silencio de Cervantes), se encuentra la omisión de referencias sobre la producción de su propia hija, Sor Marcela. Si, como han escrito Electa Arenal y Georgina Sabat de Rivers, el citado proceder de Lope al respecto sería «quizá porque la época no era propicia a esa clase de reconocimientos en una mujer»¹², cabría pensar que esto podría ser extrapolable también a los ejemplos mencionados en el *Laurel de Apolo*, pero no fue así.

En la reflexión sobre estos planos contrastados se centrarán las presentes páginas, tema muy propio, dicho sea de paso, de la mentalidad del siglo XVII, por ejemplo, en Francia. De hecho, los datos históricos y literarios españoles sobre esta cuestión parecen un reflejo de lo que, en aquel siglo, aconteció en el vecino país, donde las mujeres instruidas encontraron tanto detractores como defensores y donde el tema alcanzó gran importancia y popularidad¹³.

Considerando la época, efectivamente, como indican las autoras anteriormente citadas, el Siglo de Oro no fue un momento en el que la mujer fuese reconocida por sus méritos¹⁴. Faltaba mucho tiempo para que apareciesen los movimientos

12 Arenal, E. y Sabat de Rivers, G., «Una hija de Lope, escritora»: *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 484, marzo, 1987, p. 5: «Con respecto a la segunda faceta de la herencia, la familiar, no sabemos nada de la instrucción que se le dio a Marcela ni cómo ni cuándo empezó a escribir. Obviamente adquirió por influencia temprana, si no biológica, parte de la facilidad de Lope para versificar. Podemos suponer, además, que entre él y el padrino de la niña, José de Valdivielso —conocido dramaturgo, poeta, sacerdote y amigo de Lope—, darían al vuelo algunas lecciones que, entre juego y juego, fueron aprovechadas por la futura trinitaria poetisa y autora de teatro religioso.

[...]

Si Lope conocía la afición literaria de su hija, y es difícil creer lo contrario, no se dio nunca por aludido, quizá porque la época no era propicia a esa clase de reconocimientos en una mujer.»

13 Sonnet, M., «La educación de una joven», en *Historia de las mujeres en Occidente. Tomo 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna*, dirs. A. Farge y N. Zemon Davis, Madrid 1992, 129-165, concretamente p. 134: «En el siglo XVII, todos los géneros literarios —novela, comedia, literatura epistolar— incursionan en este tema. Los salones brillan más cuando estallan polémicas acerca del saber de las mujeres.»

14 Y no solo en España. Cabe recordar, por ejemplo, el terrible final del capítulo XXV de *El príncipe* de Maquiavelo, obra de comienzos del siglo XVI.

que fueron modificando tal situación¹⁵. Tanto es así que, incluso, alguno de nuestros grandes especialistas en el siglo XVI pareció haberse casi «olvidado» en alguna de sus obras de las escritoras de aquella época¹⁶.

También conviene, hablando de historia de la literatura y de las mentalidades, recordar que una cosa es la opinión sobre una mujer en concreto y otra, muy distinta, la consideración sobre las mujeres en la sociedad. La conversión de algunas damas en idolatradas «musas» de poetas (Isabel Freire para Garcilaso de la Vega¹⁷ o la condesa de Gelves en el caso de Fernando de Herrera¹⁸, por citar solo dos ejemplos) no significa necesariamente que la visión de estos respecto al papel femenino en la sociedad fuese distinta de la mentalidad mayoritaria. Ello no obsta para que haya matices y diferencias respecto al tratamiento referido a las mujeres entre los autores del Siglo de Oro, siendo, por ejemplo, mejor el de Góngora que el de Quevedo¹⁹, o incluso puede mencionarse alguno francamente

15 Houghton, R., «¿Un Dios con caracteres masculinos?», *Concilium*, 154 (1980) p. 73-84, concretamente p. 80: «La dimensión femenina, a la que se cerraban todos los caminos, forzó sus propias vías de escape. Una de ellas fue el Romanticismo [...]. Otra de las vías de escape fue el movimiento feminista...»

16 Fernández Álvarez, M., *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid 1989, p. 172: «El papel de la mujer en el siglo XVI». «Una de las notas que más singularizaban al Antiguo Régimen era el marginamiento de la mujer». En esta obra no menciona el autor a mujeres escritoras, con la excepción de Santa Teresa de Jesús (p. 172-178). En otra obra, centrada específicamente en la mujer del Renacimiento, no se fijó en las escritoras: Fernández Álvarez, M., *Casadas, monjas, ramerías y brujas. La olvidada historia de la mujer española en el Renacimiento*, Barcelona 2005.

17 Vega, G. de la, *Poetas castellanas completas*. Edición, introducción y notas de Elías L. Rivers, Madrid 1986, p. 11-12 de la introducción.

18 Rodríguez Marín, F., *Miscelánea de Andaluca*, Madrid 1927, p. 155-202 (texto de su conferencia en el Ateneo de Madrid de 1 de junio de 1911 titulada «“El Divino” Herrera y la Condesa de Gelves»). Un resumen de las diferentes opiniones sobre la naturaleza de la relación entre Fernando de Herrera y doña Leonor de Milán se encuentra en Herrera, F. de, *Poética*. Edición de Santiago Fortuño Llorens, Barcelona 1984, p. 18.

19 Pariente, A., *Góngora*, Barcelona 1982, p. 30: «Hay en Góngora un culto a la mujer, una reverencia hacia el sexo femenino exenta de altanería; incluso las mordacidades y las sátiras van envueltas en el suave olor, en la tibia acritud de un devoto y ante la gracia femenina se revela un hombre que amó a las mujeres de igual a igual, sin rencores antiguos y de forma muy diferente a la acre misoginia de un Quevedo.»

destacable, por positivo, como, verbigracia, el de Francisco de Rojas Zorrilla²⁰.

El Renacimiento español conoció, ciertamente, la presencia de importantes mujeres letradas²¹, sin olvidar la preparación tanto de Isabel la Católica como de sus hijas —especialmente Catalina de Aragón—²², y esto continuó en el Barroco, pero siempre constituyendo excepciones a la norma, es decir, a la discriminación femenina en cuanto al acceso a la enseñanza. Y estas excepciones, por dignísimas que fuesen, no pueden hacer olvidar que la opinión dominante en la mentalidad de aquellas épocas era antifemenina, tanto en los territorios de la Monarquía hispánica como en el resto de Europa²³.

Visto el contexto, centrémonos en los casos en concreto. Comenzando por Miguel de Cervantes, vamos a tener que reflexionar alrededor de su silencio. L. Falcó, como vimos, apre-

20 Rojas Zorrilla, F. de, *Del rey abajo, ninguno. Entre bobos anda el juego*. Edición, introducción y notas de Ana Suárez, Barcelona 1990, p. XIV-XV (de la introducción): «En esta misma obra también se apunta, con gran sentido moderno, el tema de la liberación femenina del que es Rojas un eminente precursor, como luego se verá de forma más concreta en el análisis de *Entre bobos anda el juego*. En *Lo que quierda ver el marqués de Villena*, doña Juana aparece disfrazada de *doctor Madrid* para poder cursar los estudios de diversas disciplinas (gramática, retórica, astronomía) y constantemente reitera no ya la igualdad de hombres y mujeres (“pues a nosotras, ¿por qué / nos impiden que cursemos / lid y escuela, si en nosotras / hay igual valor e ingenio”), sino la superioridad de éstas. Considera invención de los hombres la mal llamada *debilidad* femenina, porque así pueden imponer sus leyes y mostrarse superiores.»

21 Plata y Fernández, V. M. de, *Mujeres renacentistas en la corte de Isabel la Católica*, Madrid 2005: Beatriz Galindo, «la latina», p. 79-143; Lucía de Medrano, p. 145-181.

22 Mattingly, G., *Catalina de Aragón*, Madrid 1998. En las páginas 23-24 trata de la educación de Isabel la Católica, sobre la que escribe lo siguiente (p. 24): «En medio de sus campañas se puso a estudiar latín, y, aunque nunca lo dominó con verdadera fluidez, aprendió lo suficiente para examinar a fondo los textos de los tratados y escudriñar los mapas y para leer con placer la *Vulgata* y los *Comentarios* de César.» En la página 25, al respecto de la formación de sus hijas, indica lo siguiente: «Tenían una base de latín y griego tan buena que, más tarde, las tres niñas eran capaces de responder a los discursos de los embajadores improvisando en un latín fluido, clásico y correcto. Catalina era para Erasmo y para Luis Vives un milagro de educación femenina.»

23 V. g. Elliot, J. H., *Richelieu y Olivares*, Barcelona 1984, p. 33: «Aprendió [Richelieu] a un elevado costo, según dejó escrito, “cuán difícil es hacer desistir a las mujeres de decisiones tomadas bajo la influencia de la pasión”, esa palabra que para él era sinónima de desorden y desgobierno. Olivares compartía esos sentimientos, que eran un lugar común de la época.»

ció su falta de ataques en contraste con la actitud de otros que hicieron gala de misoginia contra las mujeres cultivadas. Quien esto escribe añade la no mención de mujeres escritoras en las obras ya citadas. Falta de crítica unida a la ausencia de reconocimiento. ¿Cómo comprender todo esto? El silencio es susceptible de interpretaciones no solo variadas, sino contradictorias²⁴. El caso de Cicerón resulta, al respecto, un ejemplo ilustrativo. El hecho de que en ninguno de los escritos que de él nos ha llegado mencione a su madre ha dado pie a plantear hipótesis tan diferentes entre sí como, por un lado, una infancia infeliz en relación con ella²⁵ y, por otro, un amor excesivo, incluso llegando al complejo de Edipo²⁶. Parece mucho suponer en ambos casos, máxime cuando parte de la obra de Cicerón no se ha conservado y sí tenemos algún otro dato en sentido contrario, como, por ejemplo, que la biografía que sobre él escribió Plutarco comienza, precisamente, hablando de su madre, Helvia²⁷.

24 En referencia al concepto de interpretación, Jonathan Culler, en una intervención al respecto de las Conferencias Tanner de 1990 celebradas en el *Clare Hall* de la Universidad de Cambridge, protagonizadas por Umberto Eco, dijo: «La interpretación no necesita defensa; siempre está con nosotros, pero, como la mayoría de actividades intelectuales, solo es interesante cuando es extrema. La interpretación moderada, articuladora de un consenso, por más que pueda ser valiosa en algunas circunstancias, no tiene mucho interés.» (Culler, J., «En defensa de la sobreinterpretación», en *Interpretación y sobreinterpretación*, U. Eco *et alii*, Madrid 1997, 127-148, concretamente p. 128). Personalmente, consideramos que la interpretación debe estar determinada no por su grado de interés, sino por su búsqueda apasionada de la verdad.

25 Everitt, A., *Cicerón*, Barcelona 2007, p. 63: «Es curioso observar que a lo largo de los abundantes escritos de Cicerón nunca se la mencione [a su madre]: puede ser simplemente consecuencia de la baja consideración que se tenía hacia las mujeres, pero tal vez su silencio refleja alguna infelicidad en su infancia, que a su vez contribuyó a crear a un adulto con múltiples inseguridades.»

26 Pina Polo, F., *Marco Tulio Cicerón*, Barcelona 2005, p. 407-408: «A partir de esos testimonios, Paul Briot publicó en la revista científica belga *Latomus*, entre los años 1962 y 1973, seis artículos en los que pretendía estudiar la psicología y los rasgos del carácter de Cicerón [...] A este respecto, Briot apreciaba en Cicerón rasgos propios de quien no ha superado el complejo de Edipo, es decir, de alguien con un apego exagerado por la madre y una aversión hacia el padre. [...] Sin embargo, Briot reconocía que hablar de complejo edípico en Cicerón no puede pasar de ser una hipótesis, desde el momento en que nos es casi totalmente desconocida su infancia y, en particular, cuál era en ese período la relación con su padre y con su madre, siendo que esta última no fue mencionada nunca por Cicerón en sus abundantes escritos.»

27 «Κικέρωνος δὲ τὴν μὲν μητέρα λέγουσιν Ἑλβίαν καὶ γεγονέμαι καλῶς καὶ βεβιωκέναι...» (citamos por el volumen n.º. 99 de la *Loeb Classical Library* de la Universidad de Harvard).

Pero volvamos a Cervantes. ¿cuál era la idea que tendría de la formación de una mujer?²⁸ Una posible respuesta se encuentra en una de sus *Novelas ejemplares*, *La española inglesa*:

«Después de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron a leer y escribir más que medianamente; pero en lo que tuvo extremo [sic] fue en tañer todos los instrumentos que a una mujer son lícitos, y esto con toda perfección de música, acompañándola con una voz que le dio el cielo, tan estremada [sic] que encantaba cuando cantaba.»²⁹

No pretendemos sacar de aquí la idea que tuviese Cervantes sobre la educación femenina, pero no parece que fuese precisamente parangonable a la que se esperaba que recibiese un varón del mismo estrato social, ni tampoco se observan referencias a la creatividad literaria.

La cuestión en Lope de Vega es precisamente la contraria. Frente al silencio de Cervantes, tenemos en la obra del *Fénix de los ingenios* argumentos en ambas direcciones: en su obra recoge comentarios de menosprecio hacia las mujeres³⁰, de igual manera que pone en boca de alguno de sus personajes críticas a las mujeres cultivadas³¹, pero, en contraste, como ya hemos indicado, alaba a no pocas mujeres de letras, repartidas por los diferentes territorios pertenecientes por aquel entonces a la Monarquía hispánica, en su *Laurel de Apolo*: Ana de Ayala³², Clara de Barrionuevo, Isabel de Ribadeneira, Laura Terracita, Jerónima de Velasco³³, Laurencia de Zurita³⁴, Ana de Castro³⁵, la esposa de Luis Ladrón de Guevara (María Zorrilla y Arce)³⁶, Cristobalina Fernández de Aragón³⁷, Juliana Morella³⁸, Bernar-

28 Una mujer perteneciente a un estamento privilegiado de la sociedad, en este caso.

29 Cervantes, M. de, *Novelas ejemplares*. Volumen II, Barcelona 2005, p. 50.

30 V. g., en una carta al Duque de Sessa de 1615 escribe: «El güerto allí se secaría, que es como voluntad de mujer de Madrid, que se marchita, por lozana que esté, a dos días que le falte el agua» (Vega, L. de, *Cartas*. Edición, introducción y notas de Nicolás Marín, Madrid 1985, p. 136, n.º. 44).

31 Sirva de muestra el ejemplo, anteriormente mencionado, citado por Ángeles Caso.

32 *Laurel de Apolo*, ed. cit., p. 170.

33 Ídem, *ibíd.*, p. 171.

34 Ídem, *ibíd.*, p. 176.

35 Ídem, *ibíd.*, p. 178.

36 Ídem, *ibíd.*, p. 197.

37 Ídem, *ibíd.*, p. 214.

38 Ídem, *ibíd.*, p. 225.

da de Ferreira³⁹, «la bella Feliciana» —identificada por los expertos con Feliciana Enríquez de Guzmán⁴⁰—, etc.

¿Hay contradicción en el proceder de Lope de Vega? Claramente sí. De hecho, la contradicción resulta ser una de las características que han sido apreciadas en su personalidad:

«... el ánimo y la personalidad de Lope, tan contradictoria y fluctuante entre el orgullo (justificado), la soberbia (olímpica), la envidia (de la que fue gran sufridor de manera tanto activa como pasiva) y el invencible complejo de inferioridad, que nunca dejó de asediarse, ante el mundo intelectual coetáneo.»⁴¹

La poesía no es filosofía y las relaciones entre ambas no siempre son de la claridad deseable. Nietzsche reflexionó sobre ello de forma interesante⁴². Empero, si la personalidad de Lope de Vega hubiese sido distinta, quizá podríamos haber llegado a conclusiones diferentes respecto a sus escritos⁴³, específicamente en relación con el tema aquí analizado. Mas el *Fénix de los ingenios* fue como fue, de modo que el que no fuese un pensador en el sentido filosófico del término, unido a su carácter inestable, produjeron el hecho de que haya que aceptar la contradicción como algo consumado, y, por tanto, probablemente ni el mismo Lope de Vega hubiese tenido una opinión unívoca respecto a las escritoras de su época. Quizá ello explique el hablar de unas escritoras y callar de otras, como su propia hija.

El siguiente paso en nuestro análisis es la comparación entre Cervantes y Lope de Vega. ¿Por qué el primero no mencionó a las escritoras y el segundo, a pesar de sus contradicciones, sí lo hizo?

39 Ídem, *ibíd.*, p. 244.

40 Ídem, *ibíd.*, p. 259.

41 *Expostulatio Spongiae. En defensa de Lope de Vega*. Edición y traducción de Pedro Conde Parrado y Xavier Tubau Moreu, Madrid 2015, p. 19 (del *Estudio introductorio*).

42 Nietzsche, F., *El nacimiento de la tragedia. El caminante y su sombra. La ciencia jovial*, Barcelona 2014, p. 210 [*El caminante y su sombra*, [#] 105]: «*Pensamientos de poeta*. Los verdaderos pensamientos se presentan en los verdaderos poetas absolutamente velados, como las egipcias: sólo el profundo ojo del pensamiento mira libremente detrás del velo. Los pensamientos de poeta no valen en promedio tanto como cuestan: precisamente se paga también por el velo y por la propia curiosidad.»

43 Séneca hubiese discrepado de Nietzsche, si atendemos a lo que escribió en una de sus epístolas a Lucilio (I.8.7). Mas, siendo cierto en no pocos casos lo que expresa el escritor hispano-romano, la personalidad de Lope de Vega nos anima a no ver en el *Fénix de los ingenios* un autor al que aplicarlo.

Cabría pensar en una respuesta de tipo cronológico. Cervantes era bastante mayor que Lope de Vega, lo que podría explicar que estuviese menos atento a uno de los efectos de la evolución del Siglo de Oro (época que vivió una transformación interna, bien reflejada en su literatura⁴⁴) como fue la eclosión de escritoras que se produjo a partir de comienzos del siglo XVII⁴⁵, alcanzándole a una edad más avanzada que al *Fénix de los ingenios*. Con todo, resulta pertinente recordar que Lope de Vega ya prestaba atención a las creaciones literarias de escritoras a finales del siglo XVI, como lo demuestra, por ejemplo, que entre los poemas preliminares de su *Isidro*, publicado en 1599, aparezcan dos, escritos, respectivamente, por Isabel de Figueroa y por Marcela Trillo de Armenta⁴⁶.

También podría pensarse en la posibilidad de que Lope de Vega citase a escritoras por el hecho de haber estado más inmerso que Cervantes en el *mundillo* literario del momento, no sólo por gozar de más fama en su momento, sino también por haberse dedicado éste durante años a actividades diferentes, como la de comisario de abastos para la *Felicísima Armada*, como resulta bien sabido⁴⁷. Esto no significa, obviamente, que Cervantes no participase en el mismo, como se demuestra, por citar un solo texto, en la archiconocida carta de 1612 al Duque de Sessa en la que el *Fénix de los ingenios* menciona que Cervantes le dejó sus lentes en la Academia de Madrid⁴⁸, si bien el hecho de que Cervantes compusiese un poema como texto pre-

44 Siles, J., *El barroco en la poesía española. Conscienciación lingüística y tensión española*, Navarra 2006, p. 185: «En la literatura —como en la naturaleza— nada desaparece del todo porque, como materia que es, siempre se transforma. La transformación de lo tardo-medieval en renacentista, de lo renacentista en manierista, y de lo manierista en barroco, nunca es definitiva ni total: hay tendencias que conviven, corrientes que se superponen y tradiciones que se arrastran. La poesía renacentista de Garcilaso no es la casi manierista del grupo sevillano de Herrera, como la manierista del primer Góngora no es la del Góngora barroco de después.»

45 Baranda Lejarro, N., *Las escritoras del siglo XVII*, p. 1 (www.bieses.net/wp-content/uploads/2013/07/Escritoras_Siglo_XVII.pdf).

46 Vega, L. de, *Isidro. Poema castellano*. Edición de Antonio Sánchez Jiménez, Madrid 2010, p. 151 y 152.

47 Fernández Álvarez, M., *Cervantes visto por un historiador*, Madrid 2005, p. 287: «Durante cerca de diez años Cervantes dejará la pluma de escritor para manejar la de contable. Puede que no haya contraste mayor.»

48 Vega, L. de, *Cartas*, o. c., p. 110: «Las academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos licenciados; yo leí unos versos con unos antojos de Cervantes que parecían güevos estrellados mal hechos.»

liminar para su *Viaje del Parnaso*, porque, como él mismo escribió, «no me han dado algún soneto / que ilustre de este libro la portada»⁴⁹, es muy revelador.

Pero, personalmente, nos inclinamos más por otra hipótesis explicativa que, dicho sea de paso, no resulta excluyente con ninguna de las anteriores. Aunque el *Laurel de Apolo* sigue la línea temática del *Viaje del Parnaso*⁵⁰, tiene una característica cuantitativa que le diferencia notablemente: frente a las numéricamente limitadas referencias del poema cervantino, el de Lope de Vega adquiere unas dimensiones impresionantes en este sentido:

«Incluye el *Laurel de Apolo* una asombrosa lista de poetas; doscientos ochenta de España y Portugal; treinta y seis franceses e italianos, veinticuatro de la Antigüedad y diez pintores españoles.»⁵¹

Al hacer referencia a tantos autores pudieron tener cabida, como excepciones, las escritoras, pero como una minoría exigua entre los nombres masculinos. Y ahí reside el paralelismo que nos ofrece Lucio Anneo Séneca en cuanto al análisis de la cuestión y su posible explicación. Si lo mencionamos no es porque el *Viaje del Parnaso* tenga como precedente remoto su *Apocolocintosis*⁵². La razón de fijarnos en este autor hispanoromano es otra. Calificado de «modelo de humanistas»⁵³, considerado en el Siglo de Oro como uno de los mayores filóso-

49 Cervantes, M. de, *Viaje del Parnaso...* o. c., p. 39.

50 Antonio Carreño indica al respecto: «El poema laudatorio [en referencia al *Laurel de Apolo*], dentro de la línea asentada por el *Viaje del Parnaso* de Cervantes, que sale dieciséis años antes...» (Vega, L. de, *Poesía, V. La Virgen de la Almudena. Triunfos divinos. Corona trágica. Isagoge a los Reales Estudios de la Compañía de Jesús. Laurel de Apolo. La selva sin amor. Sentimientos a los agravios de Cristo Nuestro Bien por la nación hebrea. Versos a la primera fiesta del Palacio nuevo. Églogas y elegías*, Madrid 2004, p. XXI de la introducción).

No nos resistimos (a pesar de nuestra profunda admiración por el *Fénix de los ingenios*) a indicar que, aunque el *Laurel de Apolo* (obra, sin duda, magnífica, por varias razones, como, por ejemplo, los elogios a escritoras que aquí analizamos) sigue, aumentada cuantitativamente, la línea del *Viaje del Parnaso*, nos parece la obra de Cervantes más agraciada que el poema de Lope de Vega en cuanto a su humor irónico.

51 Vega, L. de, *Poesía, V...* o. c., p. XXI (de la introducción).

52 *Expostulatio Spongiae...* o. c., p. 75.

53 Villena, L. A. de, *Biblioteca de clásicos para uso de modernos*, Madrid 2008, p. 256.

fos⁵⁴ (así, por ejemplo, aparece representado junto a Sócrates, Platón y Aristóteles en las pinturas de la biblioteca de San Lorenzo de El Escorial⁵⁵, y Justus Lipsius se encuentra junto a sus discípulos bajo un busto de Séneca frente al que hay flores en un jarrón en un famoso cuadro de Rubens conservado en la Galería Palatina del Palacio Pitti de Florencia), siendo muy citado durante el Siglo de Oro hispano⁵⁶ y visto como un ejemplo de ecuanimidad intelectual⁵⁷, no brilló, precisamente, por su elevada consideración respecto a la mujer, sino más bien lo contrario⁵⁸, pero escribió su *Consolación a Marcia* porque la consideraba mejor que a las demás mujeres:

«Nisi te, Marcia, scirem tam longe ab infirmitate muliebris animi quam a ceteris uitiis recessisse et mores tuos uelut aliquod antiquum exemplar aspici, non auderem obuiam ire dolori tuo, cui uiri quoque libenter haerent et incubant...»⁵⁹

Dicho de otro modo: porque la veía como una excepción. Por esa razón le dedicó el citado escrito, de igual manera que las escritoras elogiadas por Lope de Vega fueron, a los ojos de éste,

54 Sobre la importancia de Séneca como filósofo *vid.* Séneca, *Tratados morales*. Edición Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid 2006, p. 21-23: «Presencia de Séneca en la historia del Pensamiento».

55 Zarco Cuevas, P. Fr. J., *El Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial y La Casita del Príncipe*, El Escorial 1932, p. 102-103 (en referencia a la Biblioteca): «**Testero del norte**. —En el medio punto se figura la *Filosofía*, acompañada de Sócrates, Platón, Aristóteles y Séneca, de tamaño colosal y gran relieve.»

56 Zambrano, M., *El pensamiento vivo de Séneca*, Madrid 1987, p. 35: «Y la verdad que a la Iglesia, a la Iglesia española al menos, le ha faltado muy poco para incluir en su Patrología al Padre Séneca, haciendo en esto compañía a Platón y Aristóteles, aunque de diferente manera. Séneca es el más citado por los moralistas, por los sermoneadores, quien con más frecuencia aparece en el hermoso lenguaje de las pláticas de andaluces como el Padre Granada, y el Maestro Juan de Ávila.»

57 Así, por ejemplo, el Maestro Alfonso Sánchez, catedrático de hebreo en la Universidad de Alcalá y amigo de Lope de Vega escribió: «Pleraque Seneca stoicus ipse multa ab Epicuro libenter amplexus est quod essent praeclara dicta, et nihil a quo, sed quid dicatur referat.» (*Expostulatio Spongiae...* o. c., p. 353).

58 Escribe al respecto Juan Mariné Isidro, en una nota a su traducción de esta *consolación*: «Es conocida la pobre opinión que tiene Séneca de la mujer (“un animal sin seso”, como la califica en *Sobre la firmeza del sabio*, 14, I), común, por otro lado, en la Antigüedad» (Séneca, *Consolaciones. Diálogos. Epístolas morales a Lucilio*, Barcelona 2014, p. 3, nota 1).

59 L. Annei Senecae ad Marciam de consolatione, I. 1 (citamos por www.thelatinlibrary.com/sen/sen.consolatione2.shtml).

muy probablemente, «solo» eso, excepciones (y de gran mérito, considerando la terrible discriminación de la mujer en aquellos tiempos en todos los campos, pero especialmente en el del acceso a la formación académica) dentro del dominio cultural ejercido por los hombres, no porque el *Fénix de los ingenios* tuviese una visión demasiado distinta de la mujer que la del resto de los varones del Siglo de Oro. De modo que, si en vez de haber realizado una obra con tantas referencias a autores como el *Laurel de Apolo* se hubiese planteado algo de menor calado cuantitativo, quizá las escritoras hubiesen estado ausentes, como lo estuvieron en el *Canto de Calíope* o el *Viaje del Parnaso* de Cervantes, o como también lo estuvieron de otras obras de esta misma línea pero igualmente con un número más limitado de referencias que el poema de Lope de Vega, como, por ejemplo, la *República literaria* de Diego de Saavedra Fajardo⁶⁰.

El paralelismo⁶¹ con Séneca podría aumentar si consideramos la otra gran consolación de Séneca, la dedicada a su propia madre, Helvia, porque podría ayudarnos a entender que, quizá, parte de las escritoras citadas por Lope de Vega pudieron serlo por razones de tipo social⁶², o de amistad, pero siempre, repetimos, como excepción (excepciones gloriosas, en verdad, lo que nos lleva a lamentar la discriminación que impidió que más mujeres hubiesen podido desarrollar sus capacidades⁶³).

60 Saavedra Fajardo, D. de, *República literaria*. Edición de José Carlos de Torres, Madrid 1999.

61 Hablamos de paralelismo porque, obviamente, una similitud no nos hace olvidar las obvias diferencias existentes entre las sociedades de la antigua Roma y del Siglo de Oro hispano.

62 Conexiones sociales o familiares se observan con claridad en algunos casos de escritos debidos a autoras del Siglo de Oro. Así, por ejemplo, en la obra de 1620 *Guía y avisos de forasteros que vienen a la Corte* aparecen entre los poemas preliminares dos, uno de Ana Agudo y Vallejo y otro del licenciado Andrés Agudo Vallejo (A. Liñán y Verdugo, A., *Guía de avisos de forasteros que vienen a la Corte*. Edición preparada por Edisons Simona, Madrid 1980, p. 39 y 40-41, respectivamente).

63 Permítasenos expresar nuestra opinión, considerando que, desde un punto de vista de metodología histórica, no resta validez a la investigación; como escribió el antropólogo Joxemartín Apalategi Begiristain: «a mi juicio, el buen investigador, tanto social como físico, no es el que practica a ultranza o la posición desinteresada (*etic*) o la posición interesada (*emic*), sino aquel que en su personalidad psicológica-sociológica y científica identifica exactamente ambas posiciones.» (Apalategi Begiristain, J., «Cultura vasca (en la vida y obra del antropólogo Julio Caro Baroja», en *Julio Caro Baroja. Premio Nacional de las Letras Españolas 1985*, Barcelona 1989, 34-67, concretamente p. 41).

Hipotéticos manuscritos perdidos de Lope de Vega: escritos iniciales en sus años de formación y registro de lecturas

Un gran experto en Lope de Vega, D. Joaquín de Entrambasaguas, escribió hace ya unas cuantas décadas que «Ningún aspecto de la cultura de Lope de Vega ha sido tan traído y llevado, aun en tiempos recientes, como el de su conocimiento de la lengua latina.»⁶⁴ Parece ya claramente establecido que tenía una cierta formación latina, pero no de la profundidad que los eruditos más destacados de su época⁶⁵. En conexión con esto estaría el tema de su uso de las polianteas, negado por él en alguna ocasión⁶⁶, pero no fácilmente refutable, además de muy repetido por algún que otro estudioso; tanto se ha insistido al respecto, en algún caso quizá en exceso (al menos en opinión de quien esto escribe) que queremos reflexionar sobre el tema, es decir, sobre cuál sería la formación inicial de Lope de Vega (no tanto en cuanto a su nivel de conocimientos de la lengua latina como de su literatura, cuyo conocimiento resultaba casi imprescindible para un autor de su época⁶⁷) y, en relación directa, los vacíos de la misma que podría haber cubierto con polianteas, desde una perspectiva diferente, aunque en la estela de la equilibrada visión del tema enunciada por José Manuel Blecua⁶⁸, y centrada en un uso plenamente normal en los tiem-

64 Entrambasaguas, J. de, *Estudios sobre Lope de Vega*. Tomo segundo, Madrid 1967, p. 507.

65 Resume muy bien la cuestión lo escrito en *Expostulatio Spongiae...* o. c., p. 25-26 del estudio introductorio.

66 «Si yo en mi vida vi la Poliantea / rudo villano me convierta en rana, / ¿qué aplauso pide aquella gente vana, / que por lo trajinado se pasea?» (Vega, L. de, *Obras poéticas*. Edición, introducción y notas de José Manuel Blecua, Barcelona 1989, p. 1236).

67 Vega, L. de, *La Dorotea*. Edición de José Manuel Blecua, Madrid 1996, pp. 60 (de la introducción): «Creer que en el Barroco se desvaloriza la cultura clásica es algo incomprensible, puesto que sólo merced a esa cultura fue posible, por ejemplo, la poesía de Góngora. Lope, por tanto, no quería evitar —ni tampoco se lo permitía la tradición del género— ese lastre de erudición, ya que siempre aspiró a pasar por culto.» En cuanto a la relación entre el Barroco y la cultura clásica resulta pertinente recordar unas palabras de Philippe Ariès (aunque no es necesario tomarlas al pie de la letra): «Actualmente la Historia implica una conciencia de la continuidad que no existía en el siglo XVII. Ni siquiera se trataba de un hiato que hubiera separado la Antigüedad de los periodos posteriores, sino que la Edad Media se ponía entre paréntesis y el siglo XVII se imaginaba unido, saltando por encima del gótico, a una Antigüedad semejante a él.» (Ariès, P., *El tiempo de la Historia*, Buenos Aires 1988, p. 149).

68 Vega, L. de, *La Dorotea...* o. c., p. 60-61 (de la introducción): «Más difícil es creer que Lope hubiese leído realmente los autores citados. Con

pos de aprendizaje del futuro *Fénix de los ingenios*: el manuscrito (o manuscritos) donde pudiese haber ido reflejando los contenidos de la enseñanza recibida. Y lo mismo cabría decir respecto a la posibilidad de que, tal como habría aprendido en su infancia y adolescencia, siguiese copiando frases y citas en otros cuadernos a lo largo de su vida.

Cuando Francisco Rico se planteó cómo pudo ser el paso del manuscrito de Miguel de Cervantes con el texto de su *Quijote* a la imprenta, articulando una hipótesis respecto a la estructura del mismo manuscrito, escribió que «el asunto sólo se deja enfrentar con éxito dentro de las coordenadas que trazo, restituyendo los datos literales y los indicios literarios particulares a las circunstancias históricas de unos modos de escritura y producción.»⁶⁹ En nuestro humilde intento de reflexión, la idea de plantear, como mera hipótesis de trabajo, la posibilidad de la existencia de algún manuscrito donde el jovencísimo Lope de Vega fuese escribiendo lo que iba aprendiendo, vino determinada, precisamente, por las técnicas educativas del momento⁷⁰, y no por añadir uno más (hipotético) a los bien conocidos y estudiados Códice Daza, Códice Pidal y Códice Durán-Masaveu. Y una de esas técnicas educativas era la recopilación en cuadernos de frases célebres⁷¹, además de resúmenes de obras

toda seguridad citaba muchas veces de segunda y tercera mano, a través de *Polianteas* o de centones de sentencias, tan frecuentadas por todos. Pero sí asombra aquí, como en otros casos, la formidable memoria del gran Lope y su curiosidad, puesto que si algunas citas, como ha demostrado Morby, proceden de segunda mano, lo es que a su vez leyó tratados bastante curiosos, como los de L. Lennio, por ejemplo.»

69 Rico, F., *El texto del "Quijote". Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, Madrid 2005, p. 9.

70 En unas conferencias dictadas en el Trinity College de la Universidad de Cambridge en 1927, publicadas bajo el título de «Apectos de la biografía», André Maurois señalaba la importancia de la búsqueda de la verdad como eje de la labor del biógrafo, pero también que debían usarse «todas las facultades de adivinación artística que poseamos» (Maurois, A., *Obras completas. IV. Memorias y ensayos*, Barcelona 1967, p. 1238). En nuestro caso, seguimos para nuestra hipótesis la búsqueda de la verdad no a través de la «adivinación artística», sino de la verosimilitud histórica.

71 Mack, P., «La retórica y la dialéctica humanísticas», en *Introducción al humanismo renacentista*, J. Kraye (ed.), Madrid 1998, p. 115-136, concretamente p. 127: «Los cuadernos de frases célebres eran moneda de curso corriente en las escuelas de los siglos XVI y XVII. Imponiendo ese instrumento didáctico se pretendía, ante todo, que el alumno guardara frases o ideas procedentes de sus lecturas y las utilizara de nuevo en sus propios escritos.»

de la antigüedad clásica. Esto, sobradamente sabido, tiene, quizá, su plasmación más clara, en algunos manuscritos conservados⁷². Entre los varios que podríamos aducir, hay algunos especialmente significativos. A nivel europeo cabe mencionar, como algunos de los ejemplos más importantes, los de Guillaume Gisenheim y de Beatus Rhenanus, de finales del siglo XV y comienzos de la siguiente centuria, conservados en Sélestat⁷³. Por lo que respecta a España, hay un magnífico ejemplo del Siglo de Oro guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el que se recogen los resúmenes de diversas obras clásicas y recopilaciones de frases de las mismas, de D. Luis de Ulloa⁷⁴, de finales del siglo XVI, concretamente 1598⁷⁵.

No obstante, y antes de seguir, hemos de indicar, para ser históricamente rigurosos, que el entresacar frases es una práctica no sólo del Renacimiento, sino que se constata desde la Antigüedad (por citar sólo dos ejemplos, Octavio Augusto recogía frases que citaba en sus cartas⁷⁶ y Séneca tomaba nota de frases de Epicuro⁷⁷) hasta nuestros días⁷⁸.

72 Dicho sea de paso, hace unos pocos años se ha reivindicado con gran solidez argumental la importancia del estudio sobre este tipo de cuadernos propios de los períodos formativos: «Los estudios sobre cuadernos y escrituras escolares han sacado a la luz un campo de investigación rico y lleno de estímulos...» (Castillo Gómez, A., «Los cuadernos escolares a la luz de la Historia de la cultura escrita», en *School Exercise Books. A complex Source for a History of the Approach to Schooling and Education in 19th and 20th centuries*, Florence 2010, p. 3-10, concretamente p. 10.

73 Manguel, A., *Una historia de la lectura*, Toledo 2005, p. 137-138.

Otros ejemplos europeos importantes se encuentra mencionados en Castillo Gómez, A., «Los cuadernos...», o. c., p. 9-10.

74 Escritor que ha sido calificado como «Una atractiva voz lírica, si bien secundaria, del Siglo de Oro» (Jones, H. G., «Un manuscrito poético desconocido de don Luis de Ulloa»: *Tierras de León*, 25 (1976) 42-45, concretamente p. 42).

75 Biblioteca Nacional de España, signatura Mss/7560. En el fol. 1r se indica lo siguiente: «Argumento de los doce libros de Virgilio y versos notados en el poema. Escriuióle don Luis de Ulloa siendo de catorce años.»

76 Suetonio, *Vitae duodecim Caesarum, Divus Augustus*, 89: «In evolvendis utriusque linguae auctoribus nihil aeque sectabatur, quam precepta et exempla publice et privatim salubria, eaque ad verbum excerpta aut ad domesticos aut ad exercituum provinciarumque rectores auto ad urbis magistratus plerumque mittebat, prout quique monitione indigerent.» (Citamos por C. Suetonii Tranquilli, *Divus Augustus*. Edited with historical introduction, commentarii, appendices and indices by Evelyn S. Shuckburgh, Cambridge 2011 (Cambridge 1896), p. 157.

77 *Ad Lucilium Epistulae Morales*, I.8.7.

78 Amorós, A., «Loor de España»: *ABC* (06/02/2016), p. 3: «... he encontrado una vieja libreta, de color negro y hojas algo amarillentas, raya-

En la metodología didáctica del siglo XVI no pocas frases clásicas eran memorizadas⁷⁹, de modo que alguien con la azarosa juventud de Lope de Vega no necesitaba ningún libro o manuscrito para llevar consigo un importante caudal de textos literarios latinos⁸⁰, y decimos importante no ya por ser él, sino por la estructura formativa de aquel momento.

Este tipo de manuscrito, «tan importante en la formación de todos los humanistas»⁸¹, tenía una característica diferenciadora de otros en una época como el Siglo de Oro en la que la imprenta no había barrido totalmente al libro escrito a mano⁸². Esa diferencia consistía, principalmente, en que, mientras otros (por ejemplo, los poéticos) tenían gran circulación⁸³, estos serían de uso básicamente personal: no circularían. Ese uso restringido facilitaba, además, su desaparición: nos han llegado, como hemos indicado, ejemplos, algunos notables, pero extraor-

das para marcar las líneas. Enseguida la he reconocido: durante algunos años, en ella fui apuntando, como tantos adolescentes, las frases que me iban impresionando en mis lecturas.»

79 Alvar Ezquerro, A., *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanística en el siglo XVI*, Madrid 2014, p. 83: «Los maestros de Juanillo [en referencia a Juan López de Hoyos en los estudios de su infancia] leerían una a una las frases, construcciones y secuencias contenidas en esos textos y los niños se las aprenderían de memoria, ¡sí, de memoria!, para que les quedaran de por vida.»

80 Como bien expresó George Steiner: «Lo que uno sabe de memoria es lo que le pertenece a uno mismo» (Steiner, G.-Ladjali, C., *Elogio de la transmisión*, Madrid 2005, p. 77).

81 *Expostulatio Spongiae...* o. c., p. 92 (en relación con el canónigo de la Catedral de Sevilla Juan de Fonseca, a quien se atribuye la autoría de la *Expostulatio*): «Cabe pensar que entre sus papeles existieron varios conjuntos de *schedae* en las que iba anotando cuanto de llamativo encontraba en sus lecturas, de acuerdo con el método tradicional del *codex excerptorius*, tan importante en la formación de todos los humanistas.»

82 Bouza, F., *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid 2001, pp. 16-17: «La propuesta principal de este libro tiene que ver, precisamente, con ese mundo en el que el manuscrito era tan común y *corría* de mano en mano. En esto, lejos de reducirse a usos privados o bibliófilos, la escritura *ad vivum* se presenta como un eficaz complemento o, incluso, un competidor de lo tipográfico, ofreciendo un ágil sistema de copias o traslados que, como veremos, en buena medida llegó a estar profesionalizado.»

Sobre este tema vid. et. Dadson, T. J., *Libros, lecturas y bibliotecas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid 1998, p. 41-44.

83 Respecto a la circulación de poemas en manuscritos durante el Siglo de Oro vid. Micó, J. M., *Para entender a Góngora*, Barcelona 2015, p. 21.

dinariamente escasos en proporción a los que sin duda existieron. Habría que matizar esto en relación a una tipología concreta de manuscrito escolar: el de los libros en los que en los colegios jesuíticos, y tal como indica, por ejemplo, una de las *Regulae Rectoris* de la *Ratio Studiorum* de 1599, se iban formando recopilando creaciones de los alumnos⁸⁴, pues en estos casos los manuscritos no eran de uso meramente individual, si bien, por desgracia, también se han perdido no pocos de ellos.

De hecho, hay un texto de Lope de Vega que ha sido interpretado como un reflejo autobiográfico, en el que se indica cómo los cuadernos o apuntes académicos le servían para registrar sus composiciones, dato de gran importancia para el análisis que estamos realizando; así ha escrito el gran experto en el *Fénix de los ingenios* que es Antonio Carreño:

“Ducho en gramática y en retórica, hábil con los versos, enmascarado bajo la figura de don Fernando, observa en un pasaje de *La Dorotea* (Madrid, 1632): «los cartapacios de las liciones me servían de borradores para mis pensamientos, y muchas veces las escribía en versos latinos o castellanos.»⁸⁵

Si Antonio Carreño acierta, nuestra hipótesis del manuscrito o manuscritos de época juvenil de Lope de Vega sería no ya esto, sino un hecho cierto. Piezas estas que como tantas otras, no parecen haber llegado a nosotros⁸⁶, pero que serían un compen-

84 *Ratio atqve institutio studiorvm societatis iesu*, Antverpiae MDCXXXV, p. 27, [#] 16: «Servandum curet quod est in regulis Praefecti bibliothecae de referendis in codicem his rebus quae publicae exhibentur, scribunturque in Collegio, seu extra Collegium à dialogis, orationibus, versibus et aliis hujusmodi, Praefecto, aut aliis harem rerum peritis dato negotio seligendi.»

Lope de Vega fue alumno de los jesuitas con anterioridad a la redacción de la famosa e importantísima *Ratio Studiorum* de 1599, mas no nos resistimos a preguntarnos si ya en los tiempos del joven *Fénix de los ingenios* y en su colegio madrileño se recogerían en un libro las creaciones más destacadas de los alumnos y, en tal caso, si algunas suyas habrían quedado allí consignadas.

85 Carreño, A., «VEGA CARPIO, Lope de», en *Diccionario Biográfico Español*. XLIX, Madrid 2013, p. 455-467, concretamente p. 455.

86 ¡Cuánto se ha perdido, por causas diversas, del enorme cúmulo de obras literarias del Siglo de Oro! En algún caso, incluso se conoce el listado de obras desaparecidas, como, por ejemplo, el que hizo Cosme, el hermano de Francisco de Aldana, y que comienza así: «Faltan de las obras del Capitán Francisco de Aldana, perdidas en la guerra, do siempre consigo las traía...» (Aldana, F., de, *Poesía*. Edición, introducción y notas de Rosa Navarro Durán, Barcelona 1994, p. IX de la introducción).

dio tanto de literatura clásica como, de aceptar lo indicado anteriormente, de algunos de los primeros textos creados por Lope de Vega.

A diferencia de lo que sucedió con el anteriormente citado Cicerón, del que, cuando Plutarco redactó su biografía, se conservaba un poema escrito en su niñez⁸⁷, parece no haber llegado a nuestros tiempos la traducción juvenil que hizo Lope de Vega de un texto latino de Claudiano, dedicada al que llegaría a ser cardenal Ascanio⁸⁸, y del que el *Fénix de los ingenios* indica que no fue impreso⁸⁹. ¿Acaso conservó esa traducción en alguno de sus manuscritos de época estudiantil? ¿O lo recuerda, no habiendo sido publicada porque se hubiese perdido, con el correr de los años y los avatares de su azarosa vida, el hipotético manuscrito en el que se habría encontrado otrora?

El siguiente paso hemos de darlo en el ámbito de lo verosímil. ¿Cuál sería el contenido concreto de ese hipotético manuscrito? Aquí, probablemente, habrá que aceptar alguno de los cánones de la formación clásica del momento. Y decimos alguno, porque hubo, en verdad, muchos, y en evolución diacrónica, tanto a nivel europeo⁹⁰ como dentro de España, Reciente-

En algún otro caso, y tan destacado como, por ejemplo, el de don Luis de Góngora, se sabe que se perdió su producción en prosa por la dejadez de su propio sobrino (Pariente, A. *Góngora*, o. c., p. 8: «Ya en Córdoba modificaría esta decisión, donando a un sobrino, don Luis de Saavedra, sus obras “así en poesía como en prosa”, quien nunca se preocupó en publicarlas y a quien hoy debemos el no tener esas obras “en prosa”, perdidas por su negligencia y criminal descuido.»)

Por mencionar sólo una causa más de pérdida de obras literarias del Siglo de Oro citaremos la que aconteció en el caso de la hija religiosa y escritora de Lope de Vega, Sor Marcela: «No sabemos por qué circunstancias precisas, de los “cuatro o cinco” cuadernos escritos por Sor Marcela, se salvó sólo uno. El que nos ha quedado consta de 507 folios. Los demás los quemó “su humilde modestia” siguiendo órdenes de su confesor, acto de obediencia común en la época.» (Arenal, E. y Sabat de Rivers, G., «Una hija...», a. c., l. c.).

87 Π.3: «καὶ τε καὶ ποιημάτων ἔτι παιδὸς αὐτοῦ διασώζεται, Πόντιος Γλαῦκος, ἐν τετραμέτρο πεποιημένον.» (Citamos por la misma edición mencionada anteriormente).

88 Sobre la cronología de la traducción y de la dedicatoria *vid.* Blázquez Rodrigo, M., *La Gatomaquia de Lope de Vega*, Madrid 1995, p. 29, nota 43.

89 Vega, L. de, *La Vega del Parnaso*. II. Edición crítica y anotada del *Instituto Almagro* de teatro clásico dirigida por Felipe B. Pedraza Jiménez y Pedro Conde Parrado, Cuenca 2015, p. 56.

90 Jensen, K., «La reforma de la lengua latina y de su enseñanza», en *Introducción al humanismo renacentista*, J. Kraye (ed.), Madrid 1998, p. 93-114.

mente, por ejemplo, Alfredo Alvar Ezquerro ha reconstruido, analizando la posible formación intelectual inicial del madrileño del siglo XVI Juan López de Hoyos, cuál podría haber sido la nómina de los autores romanos estudiados, que incluiría autores clásicos como Catón, Juvenco, Sedulio, Virgilio, Quintiliano, Elio Donato, Horacio, Lucano, Silio Itálico, Estacio y «otros más»⁹¹. Sin embargo, no coincidiría plenamente, por ejemplo, con el de los jesuitas. Si nos fijamos en casos concretos, nos encontramos que en su formación «secundaria» el citado Luis de Ulloa estudió a autores clásicos como Virgilio, Ovidio, Horacio, Terencio, Marcial, Ausonio, Catulo, Tibulo, Propertio, Persio, Juvenal y Lucano⁹²: un canon real que muestra el del profesor o profesores que tuviese. ¿Y el de Lope de Vega? Sería, básicamente, el de los jesuitas, pero sin olvidar otras posibles aportaciones, como las enseñanzas transmitidas por el poeta Vicente Espinel⁹³ o sus propias lecturas, con las que iría complementando las anteriores⁹⁴.

Pero, como arriba indicamos, existiría la posibilidad de considerar la hipotética existencia de más posibles cuadernos manuscritos: aquellos en los que el *Fénix de los ingenios* fuese anotando, siguiendo la práctica que habría aprendido de niño, frases y citas que le pudiesen ser útiles, dado que fue práctica

91 Alvar Ezquerro, A., *Un maestro... o. c.*, 83-98; algunos de esos «otros más» serían, con bastante probabilidad, nombres destacados, entre los que, por mencionar uno solo, suponemos que podría haber estado Ovidio, considerando su gran importancia (*vid.* Fränkel, H., *Ovid. A poet between Two Worlds*, Berkeley-Los Angeles 1945).

92 Son los que aparecen estudiados, y en este orden, en el manuscrito anteriormente citado de la Biblioteca Nacional.

93 Zamora Vicente, A., *Lope de Vega*, Navarra 1988, p. 38: «Montalbán y Lope coinciden, cada uno por sus caminos, en la noticia de los estudios de la Compañía. [...] Lope lo hace en su declaración en el proceso promovido contra él por los familiares de Elena Osorio, y del que más tarde hablaré. Lope dice los Teatinos, nombre con que se designa popularmente a los jesuitas (establecimientos de teatinos propiamente no hay en España hasta 1630). Es muy probable que, antes de entrar en el Colegio Imperial, adquiriese conocimientos elementales en algún estudio o escuela dirigido por el maestro Vicente Espinel, gran poeta y excelso novelista [...] por el cual Lope de Vega sintió un gran afecto toda su vida. Ya en el colegio, adonde debió entrar en 1572, hemos suponerle familiarizándose con los textos de Horacio y de Ovidio, y de Virgilio.»

94 ¿Por qué no creer, por ejemplo, lo que dice en *El arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*, respecto a que antes de cumplir los diez años ya había conocido la preceptiva literaria teatral (vv. 11-21)? En todo caso, podría dudarse, quizá, de la precoz edad, pero no del hecho.

habitual. El gran experto en la cultura renacentista que fue Paul O. Kristeller escribió:

«Se utilizaban las citas de autores antiguos como elemento de autoridad en su campo, es decir, como un tipo especial de argumento retórico, y cada humanista tenía un libro de notas que era fruto de sus lecturas, notas que usaban en sus escritos y notas doblemente importantes por no existir diccionarios o índices.»⁹⁵

Se podría aducir, ciertamente, que Lope de Vega no fue un humanista, pero sus años de formación en la segunda mitad del siglo XVI podrían haber hecho de él alguien que adquiriese ese hábito o, cuando menos, que tuviese a mano algún *librillo de memoria*, usando la terminología de la época —y citando, por ejemplo, a Cervantes—, para tomar notas.

En todo caso, el Prof. Kristeller continuaba comentando algo de interés al respecto de Lope de Vega:

«Finalmente, Erasmo, debido a su *Adagia*, mereció la gratitud de la posteridad porque dio a sus sucesores una colección sistemática de anécdotas y dichos pronta al uso, el verdadero libro de citas del periodo moderno en sus inicios, que todo el mundo utilizaba y pocos mencionaban»⁹⁶.

En efecto, la recopilación erasmiana fue de una magnitud espléndida, tanto en cantidad como en calidad y en variedad. Mas, ¿por qué indicamos que el dato es de interés en relación con Lope de Vega? Porque se sabe que la utilizó⁹⁷ (de hecho, no es necesario dar muchas vueltas sobre qué biblioteca pudo visitar Lope de Vega para leerla⁹⁸, pues la citada obra en con-

95 Kristeller, P. O., *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, Madrid 1993, p. 270.

96 Ídem, *ibíd.*, l. c.

97 Bataillon, M., *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Madrid 1998, p.773.

98 Marcel Bataillon consideraba que las limitaciones inquisitoriales a la lectura de parte de la obra de Erasmo de Róterdam no significaron su desaparición de una parte de las bibliotecas privadas, aludiendo a posibles lecturas erasmianas del *Fénix de los ingenios*: «Por mi parte hace ya tiempo que he abandonado la ingenua suposición de que el *Índice* de libros prohibidos, sobre todo en España, hiciera desaparecer para siempre ciertas obras de la biblioteca de los hombres cultos. Me parece verosímil que la *Moria* fuese leída por hombres como Cervantes y Lope de Vega. La biblioteca del conde de Gondomar, su contemporáneo, poseía las obras completas de Erasmo. Gondomar había sido embajador en Inglaterra. ¿Quién

creto era tan usada que, incluso, se empleaba en los colegios jesuíticos⁹⁹). Mas, aunque consultase la famosa recopilación de Erasmo¹⁰⁰ y pudiese usar alguna poliantea, lo cierto es que esto no significa que no emplease aquella práctica tan común de tomar sus propias notas de algunas de sus abundantes y diversas lecturas.

sabe lo que poseería de Erasmo en su biblioteca el duque de Sessa, hijo de un embajador de España en la Santa Sede, que había respirado en Italia un ambiente menos timorato que el Madrid de Felipe III? Este joven grande de España es el destinatario de la carta en la que Lope de Vega alude con simpatía a la ironía antimonástica de Erasmo...» (Bataillon, M., *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona 2000, p. 345).

99 Bartolomé, B., «Los colegios de jesuitas y la educación de la juventud», en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España. I. Edades Antigua, Media y Moderna*, dir. B. Barolomé Martínez, Madrid 1995, 644-682, concretamente p. 667: «Por otra parte y para completar la formación del alumno en aquellos espacios que pudieran haber quedado descubiertos o abordados de modo insuficiente se determina que las enseñanzas de la mañana del día de asueto y las del sábado tuviera ese carácter complementario, de apoyo o de refuerzo. Los distintos autores que conocemos, como utilizados en estos días semanales en los que se rompía el *cursus communis*, nos señalan cuáles eran estas enseñanzas de apoyo. [...] El arte de hablar y entablar conversaciones en latín se encontraba facilitado, además de otros aspectos formativos, en los “Adagia” de Erasmo o la “Exercitatio linguae latinae” de Juan Luis Vives.»

100 Porque los mismos *Adagios* son, aunque no sólo, una recopilación de frases (podríamos, por su extensión y profundidad, decir la recopilación de frases humanística por excelencia), y profundamente vinculada a la finalidad de enseñanza, desde sus mismos orígenes (Augustijn, C., *Erasmus de Róterdam. Vida y obra*, Barcelona 1990, pp. 34-35: «Así discurrieron sus años de aprendizaje aprovechando las posibilidades que le ofrecía el medio cultural parisiense. Durante estos años publicó pequeñas cosas, pero la mayor parte de su tiempo lo pasó leyendo, aprendiendo de memoria, extractando e interpretando a los autores latinos. El hecho de que tuviera que ocuparse de sus jóvenes alumnos, visto a distancia, no fue sólo una pérdida de tiempo. Erasmo sentía aversión por este trabajo; no era un maestro de escuela y jamás llegaría a serlo. Pero de su actividad docente surgieron manuales que posteriormente alcanzaron una increíble popularidad. Empezó a reunir los numerosos refranes y modismos que le llamaban la atención, y ello constituyó la fase previa de una obra que se hizo famosa, el refranero al que puso el título de *Adagia*.»

Prueba de que la recopilación era una práctica común son los versos que Erasmo escribió para el comienzo de sus *Adagios*, indicando que no lo negaba, pero que recolectar tantos de ellos —como hizo— era algo más duro de realizar, y que quien pasase tal prueba sería más ecuánime con su obra («Perfacile est, aiunt, / proverbium scribere ciuivis. / Haud nego, sed durum est scribere Chiliadas. / Qui mihi non credit, faciat licet ipse periculum. / Mox fuerit studiis aequior ille meis» (*Adagiorvm Chiliades Des[iderii] Erasmi Rotodami*, Basileae MDLI, en el vuelto de la portada).

Recapitulando, cuando se haga referencia al más que probable uso de polianteas en el caso de Lope de Vega, habría que hacer paralelamente, del modo más sistemático posible, el esfuerzo de intentar aquilatar la dimensión del mismo, y sin olvidar que el *Fénix de los ingenios* tenía una privilegiada memoria (a la que ya antes se ha aludido, si bien no única, pues el Siglo de Oro era una época en la que, por ejemplo, no pocas composiciones se guardaron así¹⁰¹) y que, verosímilmente, podría tener cuadernos con resúmenes y/o de citas de diversas obras, testimonio tanto de sus años formativos como de sus extensísimas lecturas¹⁰², que se podrían haber convertido en posibles instrumentos de trabajo, en los que podría haberse acumulado una enorme cantidad de informaciones y citas textuales para cuya consulta no necesitaría buscar en ninguna poliantea. Esos mismos manuscritos podrían haberse ido convirtiendo en su propias «polianteas».

Lorenzo MARTÍNEZ ÁNGEL
Doctor en Historia

101 Micó, J. M., *Para entender...* o. c., p. 20: «... en aquellos tiempos la memoria personal era un buen conservante, y con su auxilio un autor de la prodigiosa capacidad de don Luis [de Góngora] podría restaurar sin demasiados problemas unos textos que al fin y al cabo habían salido de su cabeza. Dio buena prueba de ello en la vejez, cuando de memoria reconstruyó para Chacón las fechas y circunstancias precisas de muchas de sus composiciones...»

102 Difícilmente, por ejemplo, se podría entender una obra como el *Laurel de Apolo* si Lope de Vega no hubiese sido un gran lector.

